

PRIMERA PARTE
LOS CÍRCULOS

Fue el estruendo lo que la hizo mirar hacia arriba. Lo que vio era aterrador pero ella continuó tranquila, sin acrecentar ni disminuir el paso, como si la gente despavorida que corría junto a ella y el sonido estridente de las sirenas no existieran, como si el espectáculo macabro en el cielo fuera terrible solo para los otros. Los cristales de las ventanas de las casas a la orilla de la calle explotaban y ella podía sentir los diminutos residuos cayendo igual que una fina llovizna, pero tampoco parecía importarle. De algún modo, supo que no quería quedarse en una calle sombría y desolada. Fue eso lo que la hizo correr. La inminente soledad la obligó a intentar huir hasta volverse una más en la estampida de gente. No tenía idea de a dónde dirigirse. Sabía que no había un lugar seguro, pero ya no podía evitar correr. Era inevitable no sumergirse en ese caos. Al principio, logró avanzar sin patear los cuerpos tirados, pero pronto se dio cuenta de que era inútil. Estuvo a punto de caer cuando puso su pie sobre unos senos flácidos. Casi vuelve a caer cuando se hundió en el estómago de un anciano escuálido.

Sonó un estruendo más, mucho más fuerte que el anterior y ella se detuvo y volvió a mirar hacia arriba. Lo que vio la llenó de un terror que no recordaba haber sentido nunca. En el cielo podían verse, como macabros fuegos artificiales, miles de piedras que se desintegraban en la atmósfera. Un viento frío la azotó. Sentía el deseo de correr pero ya no podía conseguirlo. La gente pasaba junto a ella, golpeándola. Alguien la tiró al suelo. Alguien más, una mujer, se tropezó con ella y cayó unos metros delante, entonces pudo ver cómo un hombre enorme pasaba sobre el estómago de la desconocida y su rostro desencajado por el dolor. Ella no podía levantarse. Las piernas no le respondían. Miraba a la mujer frente a ella, tirada en el piso, tomándose el estómago, y luego miraba hacia arriba, al cielo. Jan, gritó. Jan, Jan, Jan, gritó en tres ocasiones. Jan, gritó una vez más, pero seguía sola, a la vez llena de un miedo que casi era pavor y un asombro que se le volvía fascinación por ver lo que sucedía en el cielo. Toda esa gente, escuchó decir, toda esa gente que está allá arriba. No supo quién lo dijo, no había nadie cuando volteó. Tampoco había gente corriendo. Las sirenas habían cesado. La calle se hallaba desierta. Tampoco supo cómo, Jan estaba junto a ella. Le dio la mano y la levantó. Ella no podía hablar y él le dijo que no se preocupara, que no iba a suceder nada terrible, que estaban a salvo, que las piedras, los residuos de la catástrofe, se iban a desintegrar al llegar a la atmósfera, que pronto tendrían dos lunas y unos cuantos asteroides, pero

que nada más sucedería, aunque la gente de la estación, la mayoría de ellos ya estaban muertos. Ella seguía sin poder hablar. Temblaba. Jan la abrazó. Se produjo un estruendo terrible, como el que nunca había oído ni oiría en su vida: la luna se había quebrado por completo.